

Una autoría llamada “Derrida”

Primero

La primera biografía sobre el filósofo francés Jacques Derrida, muerto hace seis años, acaba de ser editada en Francia. Benoît Peeters, el autor belga a cargo de la misma, ha contado con la cooperación de los herederos de Derrida por cuanto la misma es considerada como “autorizada”, lo cual importa no tanto por una cuestión de legitimidad como por el hecho de poseer acceso a una serie de fuentes y materiales no conocidos aún por los lectores.

Al mérito de ser la primera biografía dedicada al prolífico pensador francés Peeters le hace honor por cuanto presenta un destacable trabajo bibliográfico y un esfuerzo notable de síntesis documental. Los límites evidentes del trabajo son presentados por el propio biógrafo, quien indica que no se trata de una biografía intelectual o de un trabajo que se ocupa de la obra filosófica de Derrida. El propósito declarado es el de una biografía clásica (“*Vie*”, “*histoire de vie*”, “*vie d’écrivain*”), es decir, la construcción narrativa de un personaje público con el comentario de algunos aspectos personales. Los límites epistemológicos de esta perspectiva son, por una parte, similares a los de la metodología literaria de la *intentio operis* y, por otra parte, la de un *approach* que *confunde* persona biológica y construcción de una autoría o, mejor dicho, personaje narrativo.

Peeters realizó su trabajo a lo largo de tres años y en torno al mismo editó una especie de diario o anecdotario titulado *Trois ans avec Derrida* y que fue editado en simultáneo también por Flammarion. El trabajo de Peeters emplea por primera vez toda una serie de documentos que hasta hace poco no eran de dominio público, como por ejemplo correspondencia y un gran número de entrevistas y comentarios de personajes cercanos a Derrida —familiares, amigos, colegas. El resultado en este sentido es satisfactorio y el lector, sea el especialista familiarizado con la obra del filósofo como el neófito pero curioso acerca de sus aspectos autorales, encontrará en el trabajo de Peeters retribución aceptable.

Sin embargo hay algunas aristas en el trabajo de Peeters que meritan una observación más detenida. En primer lugar, la ausencia de contexto social e intelectual. Peeters asume, como es evidente por otra parte en la propia obra de Derrida, que *el pensamiento* como tal es europeo y no necesita justificación alguna respecto de otros contextos o dominios periféricos —Derrida, tal como como Peeters lo expone, a través sobre todo de sus innumerables conferencias, estaba convencido que la cercanía intelectual entre diferentes públicos estaba dado por el énfasis puesto en un argumento o en una cuestión. Este aspecto resulta más evidente cuanto que Peeters confunde justamente algunas visitas fugaces y ocasionales como conferenciante, que Derrida realizó por innumerables sitios periféricos del planeta, con una perspectiva colonial acerca del pensamiento intelectual Europeo en el cual Derrida se hallaba involucrado. En este sentido es también interesante destacar hasta qué punto Peeters no distingue entre los dichos de Derrida —por ejemplo acerca del colonialismo— y el funcionamiento real de la autoría “Derrida” fuera del circuito norteamericano o Europeo en el que Derrida desarrolló su carrera y su obra —funcionamiento que, en la mayoría de los casos, y no sin paradoja, presenta un lógica claramente colonial.

En segundo lugar, aquello que llama la atención es la ausencia de análisis crítico, en el sentido amplio del término. La narración de Peeters constituye así una suma de elementos y eventos sin explicaciones trascendentes acerca de por qué y cómo sucede lo que sucede en la vida y en la obra del personaje Derrida. El hecho, por ejemplo, que Derrida realizara su trabajo en los últimos 20 años de su carrera académica a partir de la escritura de conferencias no merita ninguna evaluación o comentario (véase página 442). En el mismo sentido, el hecho que Derrida “descubriera” la computadora como herramienta de trabajo en los años ochenta tampoco merita comentario alguno, no obstante que, como se sabe, Derrida atribuyese al aspecto escriturario una importancia capital en la reflexión filosófica (véase por ejemplo páginas 318-330; 462; 520; 526-527).

En tercer lugar, asombra que Peeters en todo momento exhiba una creencia ciega en los dichos de Derrida sin cuestionarlos en ningún momento. El hecho de presentar la palabra de Derrida como una fuente *indudable* acerca de la legitimidad del pensamiento y de la obra de Derrida es uno de los límites más importantes de este trabajo —el hecho que éste sea el primer trabajo biográfico de relevancia acerca de la

autoría que llamamos “Derrida”, que podría ser considerado como causal de lo anterior, no es aquí *excusa* suficiente. *Creer* a todo lo que Derrida dice es hacerle un flaco favor a su obra y, por otra parte, una deficiencia analítica respecto de un autor que planteaba estratégicamente tanto sus trabajos como sus apariciones en público. En este sentido, asombra que Peeters no realice comentario alguno acerca de la relación entre la difusión comercial y mediática de Derrida y los *tours* de conferencias que el mismo realizaba casi en permanencia.

Otro aspecto que, en cuarto lugar y siguiendo esta lectura crítica, resulta sorprendente por su ausencia es el hecho que Peeters no comentara analíticamente los escritos biográficos de Derrida. Más allá de que Derrida no editara un libro titulado “biografía oficial de Jacques Derrida”, en sentido estratégico, respecto de su autoría, hay un gran número de materiales equivalentes. Peeters, obviamente, cita y comenta profusamente estos escritos pero nunca los analiza más allá *de lo que dicen*, como si una biografía o autobiografía se atuviese sólo a la palabra unívoca del personaje (véase por ejemplo páginas 493-509). La ausencia de un análisis concienzudo acerca de la manera en que Derrida se valía de un relato bio/autobiográfico para presentar sus ideas y difundir su obra es el punto que aquí queremos señalar como ausente.

Segundo

Algunos detalles personales, introducidos banalmente aquí y allá, contribuyen a una confusión entre lo personal y lo público que se adecua perfectamente a los requerimientos comerciales actuales del mercado editorial —situación respecto de la cual no podemos decir que Peeters sea inocente, tal como se desprende de *Trois ans avec Derrida* (véase por ejemplo página 52). Bajo estas condiciones, ciertas menciones a aspectos privados de Derrida, como el hecho por ejemplo que exista un hijo no reconocido por el autor que hizo de la filiación un tema filosófico, contribuye a la confusión del lector y sin duda, al menos en lo inmediato, fomenta, al menos tal como ha sido expuesta, una lectura reduccionista de la tarea especulativa del pensador francés (véase por ejemplo página 439). En la misma vena, resulta patético constatar que la vida familiar del filósofo era la de un hombre tradicional que no se ocupaba para nada de la logística cotidiana —hijos, casa, cuentas, etcétera— cuando, por el contrario, en público se presentaba —o era presentado— como un feminista

convencido (por ejemplo página 357 y ss.). Sin embargo, la veracidad de estas situaciones importa menos que la ausencia de un análisis concienzudo y de una mayor abundancia de información —sea acerca de la pertinencia de discutir estos elementos personales como acerca de la utilidad intelectual o “filosófica” de mencionar dichos aspectos.

En realidad los aspectos personales en general poco o nada aportan a la lectura intelectual de una obra, al menos cuando son presentados de un modo circunstancial y sin una variedad de perspectivas aceptable. Aunque es verdad que constituyen elementos de gran atención comercial en las “vie des hommes célèbres” al estilo de la escrita por Peeters —de hecho, no por casualidad la colección de Flammarion en donde se edita el libro se llama “grandes biographies”. Sin embargo, hubiera sido más interesante concentrarse en torno a la estrategia autoral de Derrida, evitando las referencias a vagas cuestiones personales cuyos prolegómenos, por otra parte, ocupan mucho más de aquello que al final acaban realmente diciendo. El caso de la supuesta “depresión” de Derrida durante el tiempo que viviera en Le Mans es un ejemplo casi perfecto de este malentendido en donde se confunde como dijimos persona biológica con construcción autoral (véase por ejemplo páginas 139-144). Los eventos personales, en última instancia, apelan a la intencionalidad y motivaciones de una persona que constituye un área insondable y que, en el mejor de los casos, concluye con una apelación a la metodología de la *intentio operis*.

Tercero

Estas deflagraciones del trabajo de Peeters, como decimos, pueden constituir eventos de gran interés al cotilleo mediático, pero hacen un flaco favor a la construcción de la autoría Derrida, sobre todo cuando las contradicciones, caprichos y “vedettismos” del pensador francés son más que evidentes (véase por ejemplo página 557). Y, sin embargo, la cuestión relevante no reside allí, sino en el hecho que estos elementos aparecen como gratuitos o, en el mejor de los casos, expuestos y fundados en la supuesta dimensión heroica o de prócer del personaje. Y, peor aún resulta ello, cuando estos aspectos pretenden además y también justificarse a partir de la propia palabra de Derrida presentada como *sacra*. El desentendimiento público de Derrida con Sylviane Agacinsky, por ejemplo, en 2002 y 2003, acerca de la situación de los

sans-papier e inmigrantes en Francia, es ilustrativo de esta situación (véase por ejemplo páginas 626 y ss.). Al igual que lo es la confusa y contradictoria postura de Derrida acerca de los atentados de 2001 en New York (véase por ejemplo páginas 616 y ss.).

Algunos especialistas europeos en literatura de biografías y autobiografías, como Philippe Lejeune, aseguran que la narración biográfica es un género autónomo y que como tal puede ser estudiado. Bajo estas condiciones la narración biográfica, una de cuyas formas es la autobiografía, es entendida como una *extensión* de la obra de un autor, e incluso, en las condiciones actuales del mercado editorial y cultural, como un elemento en todo derecho de una obra. Hay incluso quienes, como James Olney, aseguran que la narración biográfica es una forma de ficción y que poseería todas las características de la misma. Todas estas corrientes académicas coinciden en destacar el lugar inhalienable que la narración biográfica posee y la creciente dificultad para justificar a la misma *sólo* como una especie de *revelación* acerca del carácter de un Héroe. Es así que la perspectiva de Peeters resulta problemática de justificar, mucho más en relación con un personaje como Derrida que hizo del mercado académico y editorial un sitio de negociación permanente —sin olvidar tampoco la relevancia que la escritura en cuanto objeto físico poseía para el filósofo francés.

Estos aspectos, sin embargo y por el contrario, podrían ser considerados por algunos como el resultado de un buen trabajo biográfico, es decir, como parte de una tarea en donde quien realiza la biografía estaría *exponiendo* todas las contradicciones y desencuentros que habrían sido características del biografiado.

En la página 646, por ejemplo, Derrida sostiene que no es un filósofo “eurocentrista” y, sin embargo, en la página 658 asegura que “laisser le traces dans l’histoire de la langue française, voilà ce qui m’intéresse”. Exponer esta contradicción justificándola en última instancia en la figura del personaje o Héroe, en su supuesta libertad o albedrío, que es aquello que Peeters realiza o sugiere, no es argumento analítico suficiente. Tal perspectiva de exposición o “desenmascaramiento”, sería sólo aceptable si creyésemos que existe una especie de objetividad o sentido unívoco del relato “Derrida”, pero tal cosa bien sabemos no existe. El loable trabajo de Peeters en definitiva es *informativo*: nos presenta de manera digna, coherente y elaborada un cúmulo de informaciones, citas, referencias y documentos de y sobre Derrida de

manera como nunca antes se había realizado. Quienes se conformen con este propósito encontrarán en *Derrida* un trabajo sin duda satisfactorio.

Al comentar el libro de Peeters en *Le Monde* Elisabeth Roudinesco sostenía que Derrida “se tenait aux frontières des institutions académiques sans jamais les contester” (*Le Monde des Livres*, 8.10.2010, página 8). De modo analógico, Peeters se mantiene en las fronteras de la figura-personaje de Derrida sin nunca realmente analizarlo o cuestionarlo.

Referencias

Benoît Peeters. *Derrida*, Paris: Flammarion, 2010, 740 páginas.

———. *Trois ans avec Derrida*, Paris: Flammarion, 2010, 247 páginas.

Octubre 7, 2010.